

PRÓLOGO

Como prólogo a la segunda edición se inserta la intervención del autor en la presentación de la obra el 27 de junio de 2013 en el Centro Sefarad-Israel de Madrid.

Me siento honrado de volver a esta Casa, situada muy cerca del emplazamiento de la primitiva judería medieval de Madrid, en la que ya presenté mi *Gramática de hebreo moderno* en septiembre de 2011. Gracias de todo corazón a sus rectores y particularmente a Sonia Sánchez, directora del Instituto de Estudios Israelíes.

Estoy especialmente contento por verme rodeado y arropado de personas queridas y que me quieren, empezando por mi esposa, mis hermanos, sobrinos y demás familia, y siguiendo por amigos, compañeros y alumnos. Ya sabéis que para mí no sois una masa ni un agregado de individuos. Bien decía mi abuelo Antonio: «Por donde vayas, de los tuyos hayas; y, cuando vengas, de los tuyos tengas». Se refería, naturalmente, a las personas afines y a los benefactores que encontramos en el camino de la vida. Como no puedo nombraros a todos uno por uno, sólo mencionaré a personas muy contadas. Me voy a detener primero en Carlos Carrete, que estuvo como miembro del tribunal de mi tesis doctoral y dos años después me llevó a la Universidad de Salamanca. Entre otras materias, allí me encargó enseñar *Civilización Judía*, con la que adquirí experiencia y preparé materiales que me ayudaron mucho a impartir *Historia y Cultura del pueblo Judío (II)* en la Universidad Complutense de Madrid, embrión de este libro. Pero por encima de todo le agradezco su franqueza, su apertura y su amistad. Aunque nunca antes se lo había dicho, admiro enormemente su amenísima conversación, así como su forma de estar y de proceder, sin buscar honores ni pre-

bendas. Era el candidato ideal para que me hiciera la presentación de este libro.

Voy a seguir con mi gran amigo José Ramón Pérez-Accino, que es el *culpable* de que se escribiera esta obra, pues una tarde, echando un vistazo al material que yo había preparado para mis clases, me dijo: «Tienes ya medio libro». Lo que no me dijo entonces es que el otro medio me iba a costar más de lo previsto. Nuestra amistad arranca de la primavera de 1990 con el trasfondo de las excavaciones de Tel Hatsor. Con él he estudiado en Jerusalén, recorrido Israel, tratado de Geopolítica y hablado de lo divino y de lo humano con asiduidad. Menos jugar al fútbol, creo que hemos hecho untos casi de todo. Aprendí de él la importancia de trazar la historia de la investigación de un tema humanístico, así como el valor y la necesidad de realizar una buena divulgación de los conocimientos a los que se ha llegado tras el estudio. Disfruté con él repasando la vida, milagros y manías de las grandes figuras consagradas en los estudios humanísticos. Siempre ha dejado en segundo o tercer plano sus conocimientos de Egipto faraónico y de la Antigüedad, y ha preferido conversar de las cosas de nuestra época. Aunque ahora nos veamos o hablemos más de tarde en tarde, sigo disfrutando de su amistad, de su valía y de sus cualidades. Le admiro por muchas cosas (fidelidad, amplia formación, gran capacidad de relación, humanidad) y se me llena la boca hablando de él. En una época como la nuestra, en la que todo parece efímero, es sobrado motivo de satisfacción mantener nuestra amistad.

Continúo con otro amigo, Javier Alonso, con quien sí he jugado al fútbol, y sin cuya ayuda y coordinación este libro no se habría publicado.

Tras estas referencias de rigor, me gustaría iniciar la presentación del libro propiamente dicha repitiendo las palabras que todo creyente judío recita al entrar en la sinagoga: *Mah tobu 'ohaleka Ya'aqob, miškenoteka, Israel* (¡Qué bellas son tus tiendas, Jacob; tus tabernáculos, Israel!). En esas tiendas nacieron y moraron los Patriarcas, los Profetas y el rey David; María, Jesús y los Apóstoles; los Sabios del Talmud, Nahmánides y Yosef Caro; Leopold Zunz, Hannah Arendt y Víctor Frankl; Martin Buber, Karl Popper y Raymond Aron; Gustav Mahler, Erich von Stroheim, David Bronstein, Judith Polgar y otras grandes figuras que

nombraré un poco más adelante. Muchas fueron (y siguen siendo) las sinagogas de Europa desde el Atlántico hasta el Cáucaso, del Mediterráneo al Mar del Norte. En ellas y en los domicilios particulares se rezaban y se rezan a diario las cien bendiciones que Rabbí Me'ir exhortaba a recitar (Měnaḥot 43b). Por eso he querido que en la portada del libro el mapa de Europa quedara enmarcado por las franjas del *tal·lit*, el manto utilizado por los judíos en la oración. Mi sobrina Raquel plasmó esta idea con acierto y el maquetador la ha ejecutado a la perfección. Aunque yo no soy judío, las tiendas de Israel me son muy queridas y me siento a gusto en sus inmediaciones. Por este y otros motivos me agrada repasar la historia de los hijos de Israel, gozar con sus alegrías y lamentarme con sus desdichas y su dolor, que han sido tantos. Al comentarle el tema del libro, una de mis tías me dijo: «¡Qué pena! ¡Cuánto sufrimiento!». Estaba en lo cierto, y los europeos somos testigos excepcionales de ello, pues no ha habido en el Viejo Continente una presencia histórica y cultural más dilatada que la de los judíos, quienes durante más de dos milenios, desde Malta hasta Islandia, de Rusia a Portugal, han dejado la impronta de sus lenguas, su religión, su ciencia y su arte en una difícil coexistencia con las culturas paganas y cristianas de los distintos territorios de Europa. En tan largo periodo de tiempo han sufrido con frecuencia la discriminación, la persecución, la expulsión, el asesinato y la masacre, que alcanzó su punto culminante con el exterminio de seis millones de ellos en el Holocausto planeado y ejecutado por los nazis aprovechando el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Con razón se dice en la Haggadah de Pascua: «Wě-hi' še-'amdah la-'abotenu wě-lanu, še-lo' eḥad bi-lěbad 'amad 'alenu lě-kalotenu, 'el·la' še-bě-kol dor wa-dor 'omēdim 'alenu lě-kalotenu, wě-ha-Qadoš, baruk hu', mašilenu mi-yadam» (Y ella -la Torah- es la que ha permanecido para nuestros padres y para nosotros [como baluarte], que no uno solo se ha levantado contra nosotros para exterminarnos, sino que generación tras generación se levantan contra nosotros para exterminarnos, y el Santo, ¡bendito sea!, nos salva de su mano). Y es que la condición de judío ha salido muy cara en lo social y en lo político, sin olvidar el terreno económico, pues al judío se le han exigido impuestos más altos y además ha debido satisfacer pagos adicionales a su comunidad para mantener las instituciones propias. Impactado y admirado por todo ello, me atreví a escribir un libro de historia de los judíos en Europa. Digo *me atreví* en lugar de *me decidí* porque se trata de una empresa osada por su índole y amplitud, por la

existencia de obras generales antiguas y modernas consagradas como clásicas (las de H. Graetz, S. Dubnow y S. W. Baron, por ejemplo), y por la incesante aparición de estudios nacionales, regionales y particulares de gran calidad. Más aún, en el año 2005 Uriel Macías y Elena Romero publicaron en Madrid *Los judíos de Europa. Un legado de 2.000 años*, y tres años después María José Cano y Miguel Ángel Espinosa sacaron a la luz en Granada su *Historia y Cultura del Pueblo Judío*. Pese a que estos hechos disuadían antes que invitaban, tomé la determinación de elaborar mi propio libro animado por mi experiencia como profesor de la materia durante tres cursos en el Departamento de Estudios Hebreos y Arameos de la Universidad Complutense de Madrid, y convencido de que podría aportar algo original al tema. En este sentido, fuera de las enciclopedias especializadas, creo que soy el primero en ofrecer el relato de la historia de los judíos en Europa país por país, lo que no resulta sencillo teniendo en cuenta que las fronteras se han alterado con asiduidad, la última vez a finales del siglo pasado con la desmembración de la Unión Soviética y de la República Socialista Federativa de Yugoslavia. Sólo me aparto de este marco nacional en la introducción, en la que ofrezco un resumen de la peripecia histórica de los judíos, expongo la pluralidad de sensibilidades religiosas dentro del judaísmo y hago un resumen de la *Haskalah*, del sionismo y del Holocausto. Al tratar la historia de los judíos en cada país de Europa incido con particular detenimiento en el desarrollo de los estudios hebraicos, judaicos y orientales, así como en la figura de los cristianos que manifestaron especial inclinación o aversión hacia los judíos.

Tras darle muchas vueltas al asunto del orden que debía llevar con los países, opté por desechar el alfabético y seguir el geográfico de oeste a este y de sur a norte, partiendo de la península Ibérica para concluir en Mónaco, y yendo, en la medida de lo posible, de país limítrofe en país limítrofe. No me ocupo de los países transcaucásicos porque están situados fuera del territorio del Viejo Continente. Para abaratar los costes y ahorrarme las preocupaciones de solicitud de permisos, no incluyo fotos, mapas ni ilustraciones. Además, la premura del tiempo me ha hecho prescindir también de los índices de lugares y de personas, que, por otra parte, son fáciles de localizar teniendo en cuenta que cada país constituye un capítulo.

En cuanto al plan de la obra respecta, suelo iniciar cada capítulo aludiendo con brevedad a la geografía, historia general del país e histo-

ria de los judíos en el país antes de entrar a fondo en ella. Uno de mis propósitos ha sido dejar claro que los judíos no eran ajenos a lo que sucedía en sus países de residencia, y que sus vidas se imbricaban con las de sus vecinos en la marcha de la Historia. He pretendido exponer los hechos acaecidos entrelazados a los lugares en que sucedieron, sin entrar en el análisis y la profundización, que prefiero dejar en manos del lector indicándole una bibliografía apropiada al final de cada capítulo. De este modo me ciño a la etimología de la palabra «historia», formada sobre el término griego *histós* (= tejido). Como los hechos siempre son protagonizados por alguien en algún tiempo concreto, abundan los nombres de personas, los años en que vivieron y las fechas destacadas. Desde su inicio (el relato de la Creación), la Biblia insiste en la importancia del nombre de las cosas, de las plantas, de los animales y de los seres humanos. No por casualidad abundan las listas genealógicas en los textos bíblicos de tipo histórico, y se comprende que los supervivientes del Holocausto hayan querido rendir homenaje a las víctimas recordando sus nombres y escribiéndolos para las generaciones futuras, de ahí el nombre de *Yad wa-Šem* (Un memorial y un nombre) dado al Museo del Holocausto en Jerusalén.

Por todas las páginas se apreciará la pasión y el entusiasmo de amante y amigo del judaísmo que me animan, y, por lo tanto, el pesar ante sus sufrimientos. No por ello he prescindido de la objetividad propia del intelectual empeñado en la búsqueda de la verdad y en el logro del conocimiento. Así pues, sólo me ajusto a la primera parte de la lapidaria expresión *sine ira et studio* (sin animosidad ni parcialidad) que utiliza Tácito en sus *Annales* I, 1. A mí me resulta imposible olvidar mi amor al judaísmo y a los judíos. Sin embargo, aunque censure hechos y conductas, no he querido condenar a las personas porque no soy juez ni conozco todas las razones que las llevaron a actuar de una determinada manera. Cierto que hay acciones objetivamente malas y aun perversas, que con frecuencia se dan al amparo de creencias, ideas o costumbres muy arraigadas. Que cada cual saque sus conclusiones y califique los hechos y a las personas. Yo prefiero dejar el juicio moral en manos de Dios, el justo juez a quien nada se le oculta.

De tan dilatado periodo como éste del que me ocupo, he consignado personajes y acontecimientos que resultan cuanto menos llamativos por diferentes razones, unas positivas y otras negativas. Me voy a permitir aquí seleccionar una serie de episodios insólitos y citar

a algunos personajes que me han llamado poderosamente la atención según distintos planos de referencia o por su ejecutoria. Entre los episodios más sugestivos se hallan la conversión del diácono Bodón al judaísmo (primera mitad del siglo IX), la relación semilegendaria del rey polaco Casimiro III el Grande con la judía Esterka en el siglo XIV, la irrupción del pseudomesías David Reubeni en el siglo XVI, la heroica muerte del capellán judío del ejército francés Abraham Bloch auxiliando a un soldado moribundo católico en la Primera Guerra Mundial, la pervivencia del criptojudasmo en la localidad portuguesa de Belmonte y la fuga de Kazimierz Piechowsky, Stanislaw Gustaw Jaster, Jozef Lempart y Eugeniusz Bendera del campo de exterminio de Auschwitz vestidos de soldados de las SS saliendo por la puerta principal en un coche oficial robado al comandante del campo. Como personajes más pintorescos me permito nombrar al comerciante Isaac, miembro de la embajada de Carlomagno al califa Harūn ar-Rašīd de Bagdad; a doña Gracia Nasi (siglo XVI), paladín de la causa judía y filántropa ejemplar; al aventurero danés Gabriel Milán; al converso inglés del siglo XVIII Isaac bar Abraham Gordon (Lord George Gordon); y al espía británico Sydney Reilly. Curioso fue también el caso de Isaak Eduard Schnitzer (1840-1892), bautizado hacia 1847 como Eduard Carl Oscar Theodor Schnitzer tras la boda de su madre, viuda, con un protestante, y llamado Mehemet Emin desde que llegó a Egipto en 1875, aunque se desconoce si se convirtió realmente al islam. Fue médico, naturalista, explorador, aventurero y gobernador de la provincia egipcia de Ecuatoria (Alto Nilo), en sustitución del famoso general inglés C. G. Gordon (1833-1885), caído en la defensa de Khartum. El explorador norteamericano Henry M. Stanley tuvo la fortuna de encontrarse con él en su viaje al lago Victoria. Murió en 1892 asesinado por un traficante de esclavos mientras exploraba la colonia alemana de Tanganica. Uno de los personajes más infortunados ha sido la joven Gasya Gelfman, muerta de sobrepeso en la prisión a la que había ido a parar como compañera sentimental de uno de los asesinos del zar Alejandro II. Impresionan por su gran talla ética Me'ir de Rotemburgo y don Isaac Abravanel, que prefirieron compartir las desdichas de sus correligionarios antes que beneficiarse de su prestigio entre ellos o de su ascendencia en la corte. En el plano religioso me vienen a la mente Rashi (uno de los mayores biblistas y talmudistas), el desdichado Uriel da Costa, Ba'al Šem Tob (el fundador del movimiento de los *hasidim*), y el Gran Gaón de Vil-

na, que cimentó con sus obras y su ejemplo la ultraortodoxia posterior. En el campo intelectual me impresionan las figuras de Maimónides, uno de los mayores filósofos, teólogos y exégetas de todos los tiempos, Heinrich Graetz, el monumental historiador general de los judíos y del judaísmo y figura señera de la *Wissenschaft des Judentums*; y Cecil Roth. En el dominio más estrictamente literario la elección resulta muy complicada teniendo en cuenta la cantidad y calidad de los escritores judíos europeos. Barriendo un poquito hacia el solar sefardí, nombraré al poeta Samuel ha-Nagid, al prosista Yĕhudah al-Ĥarizi, y al erudito autor del *Sefer 'Ahitub wĕ-Salmon*, obra del siglo XV sobre la que trató mi tesis doctoral. Tampoco puedo dejar de mencionar a Abraham Mapu, padre de la narrativa en hebreo moderno, a 'Eli'ezer ben Yĕhudah, revitalizador de la lengua hebrea para la comunicación cotidiana, y a Sholom Aleikhem, retratista de la vida judía en la Europa Oriental anterior a la Primera Guerra Mundial. En el terreno científico habría que citar a Abraham ibn Ezra, a Abraham bar Hiyya', a Abraham Zacuto y a toda una pléyade de médicos, biólogos, físicos y químicos de los siglos XIX y XX. En las artes hay que acordarse de los proyectistas de las sinagogas, de los iluminadores de manuscritos, del músico Salomone de Rossi y del pintor Marc Chagall, por ejemplo. Y en el ingrato mundo de la política ocupan un lugar destacado Hasda'y ibn Šapruṭ, servidor del califa cordobés Abderramán III; Joseph Nasi, ministro de los sultanes otomanos; Saul Wahl, proclamado *rex pro tempore* en la Mancomunidad de Polonia-Lituania el 18 de agosto de 1587; Theodor Herzl, padre del sionismo, y numerosos revolucionarios de los siglos XIX y XX, como León Trotsky. De los personajes cristianos que actuaron a favor de los judíos me quedo con San Bernardo de Claraval, que defendió a los judíos durante las Cruzadas; con el papa Clemente VI, que los exoneró de culpa en el terrible periodo de la epidemia de peste negra de mediados del siglo XIV; con el humanista alemán Johannes Reuchlin, defensor del Talmud; con el papa Clemente XIV, que desmontó casi todas las acusaciones de crimen ritual lanzadas contra los judíos desde la Edad Media hasta el siglo XVIII; con la familia polaca Ulma (Josef, su esposa Wiktorja y sus seis hijos), a los que ejecutaron los nazis por haber ocultado a ocho judíos en su casa; con Edith Stein (= Santa Teresa Benedicto de la Cruz), filósofa conversa al cristianismo muerta en el campo de concentración de Auschwitz; y con el papa Juan Pablo II, que desde su infancia tuvo y conservó amigos judíos. Tampoco puedo

dejar de citar a Anna Maria van Schurmann, una de las más célebres *feminae doctae* del siglo XVII y gran conocedora del hebreo. Conviene ahora recordar que el canon 25 del Concilio de Vienne (1311-1312) prescribía la fundación de sendas cátedras de hebreo, caldeo (arameo) y árabe en la Casa Pontificia y en las universidades de Oxford, París, Bolonia y Salamanca; y que en los siglos XVI-XVII creció enormemente el número de cristianos conocedores del hebreo.

En la base del libro figuran los artículos de la *Jewish Encyclopedia*, los datos y referencias eruditas de la *Enciclopedia Judaica Castellana*, las actualizaciones de la *Enciclopedia Judaica* en sus dos ediciones de papel y de soporte informático, así como *The YIVO Encyclopedia of Jews in Eastern Europe*. A sus consultas se añadían las de portales de internet especializados en historia de los judíos, tales como www.jewishvirtuallibrary.org o www.haruth.com. También ha sido enorme la cantidad de páginas *web* consultadas para encontrar datos diversos y referencias bibliográficas y cinematográficas completas (www.google.books.org, www.archive.org, www.moviedatabase, etc), entre ellas las de las comunidades judías nacionales o locales europeas. Para mi sorpresa, también he podido acceder gratuitamente a colecciones completas como la *Patrologia Latina*, los *Monumenta Germaniae Historica*, etc en www.documentacatholicaomnia.eu, a textos medievales en www.fordham.edu, etc. Este trabajo con materiales informáticos se ha completado con el realizado con materiales impresos (enciclopedias, manuales de historia, monografías y artículos). Insisto en que he intentado tamizar con criterio independiente, rigor, ecuanimidad y distanciamiento toda la información extraída, pero ha de ser el lector quien juzgue si he logrado mi propósito. Cuando procede hacerlo, transcribo los nombres hebreos de acuerdo con el sistema sencillo que consigno. Para hacer más fluida la lectura, no apporto notas a pie de página y omito referencias eruditas. Quien desee profundizar en personajes y acontecimientos concretos podrá hacerlo consultando alguno de los títulos que figuran en la bibliografía particular sobre cada país.

Tras la pertinente reflexión, opté por poner como título al libro el escolar *Historia de los Judíos en Europa*. Consideraba que era lo más oportuno, tanto por la cantidad de páginas escritas como por si en el futuro me ocupo del acontecer histórico y cultural de los judíos en otros continentes. Aunque serán los historiadores y los hebraístas quienes

saquen mayor partido de él, este libro está pensado para el público general. Por eso he puesto mayor empeño si cabe en redactar con claridad conceptual y agilidad sintáctica para ajustarme lo más posible al doble principio medieval de *prodesse y delectare*, servir de provecho y entretener. ¿Cómo, si no, podrían llegar a leerse casi mil páginas? Se comprenderá que, cuando terminé la obra, diera un gran respiro de alivio y de descanso; más tarde me percaté de lo que podía suponer el ingente trabajo que había realizado. Entonces me vinieron a la mente las palabras iniciales del Salmo 115: *Lo' lanu, 'Adonay, lo' lanu ki lē-šimka ten kabod 'al ḥasdeka, 'al 'amitka* (No a nosotros, Señor, no a nosotros sino a tu nombre da la gloria por tu gracia, por tu lealtad). Puedo dar por bien empleadas las dificultades y las largas horas de estudio y redacción, de las que es testigo mi esposa, porque siento que investigo, escribo y enseño poniendo en juego los talentos que de Dios he recibido, y que a Él es al primero a quien deseo complacer. Por eso me asocio de lleno a la declaración del Salmo 101,1: *Lēka 'Adonay 'azammērah* (Para Ti, ¡oh Dios!, salmodiaré). Pero de nada habría servido mi empeño sin una serie de personas y circunstancias puestas por Dios a lo largo de mi vida, las cuales acuñaron y pulieron dichos talentos. La lista empieza necesariamente por mis padres, ya fallecidos; pasa por mis maestros y profesores; por las becas disfrutadas en España y en Israel; y permanece abierta en los amigos, benefactores y en las personas con las que comparto mi fe católica, parte de las cuales están aquí presentes. Una de ellas fue el sacerdote don Matías Fernández García (1928-2010), párroco de Pezuela de las Torres y coadjutor de las parroquias de Nuestra Señora de la Paz y de San Sebastián de Madrid, en la que lo conocí. En el plano intelectual destacó como gran especialista en historia local. Yo lo recuerdo, por encima de todo, como maestro, guía y amigo. Él me introdujo de manera efectiva y por todo lo alto en la investigación de archivos, pues me llevó al Archivo General de Simancas cuando yo todavía estaba en el penúltimo curso de mis estudios universitarios. Allí inicié de su mano mis estudios sobre Villanueva de la Jara (Cuenca), mi pueblo natal, que algún día terminaré, si Dios quiere. Me repetía la conocida idea del Marqués de Lozoya: «La Historia de España es la historia de sus pueblos». Él fue el primero en hablarme de la *Patrologia* de Migne y de tantísimas otras cosas. Procedía siempre con un rigor y una meticulosidad extraordinarios, tenía una especial habilidad para leer las letras más enrevesadas de los manuscritos y desplegabla una paciencia benedictina

para obtener y consignar cualquier dato que fuera de interés. Entre sus obras figuran *Buitrago y su tierra* (Madrid, 1980-1984; 2 vols.); *Montejo de la Sierra* (Madrid, 1985); *El rey de los Patones. Historia o Leyenda* (Madrid, 1987); *Pezuela de las Torres. Lugar y villa* (Madrid, 1997); y la serie sobre los archivos de las parroquias de San Sebastián, San Martín y San Pedro el Real de Madrid. Me consta que Francisco Cantera y Carlos Carrete contactaron con él cuando elaboraban su artículo sobre la judería de Buitrago, que apareció en el número XXXII de la revista *Sefarad* (1972). Él descubrió la partida de bautismo de Tirso de Molina y la de la misa de velaciones de Miguel de Cervantes sin darse por ello la mínima importancia. Y me detengo aquí, porque no le gustaba que le alabaran, pues decía que fuera de la liturgia le mareaba el incienso. Como cuantos lo conocieron, creo que, por encima de todo, fue un buen cura, que era lo que fundamentalmente pretendía. A mí me animó, me exhortó y me aconsejó con su sabiduría, su humildad, su sencillez y su intachable ejecutoria en el plano espiritual. A él *in memoriam* y a José Ramón Pérez-Accino les está dedicado este libro de todo corazón.

Desearía esta intervención con un par de referencias hebreas. La primera de ellas se debe al célebre *hasid* Nahman de Breslov, y dice así: *Kol ha-'olam kul'lo gešer šar mē'od, wē-ha-'iqar lo' lē-faḥed kēlal* (Todo el mundo en su totalidad es un puente muy estrecho, y lo principal es no temer en absoluto). A lo largo de tres milenios, desde las deportaciones asiria y babilónica hasta el Holocausto, pasando por todo tipo de matanzas y pogromos en las Edades Media, Moderna y Contemporánea, los judíos se han sobrepuesto al temor y al miedo asiéndose a su fe en Dios, a la Torah y a la tradición. Modestamente yo, católico, amante del judaísmo, me quiero unir a la bendición *Kol Šorki* (Cada necesidad mía), incluida en las oraciones judías de la mañana: *Baruk 'Attah, 'Adonay 'Elohenu, Melek ha-'Olam, 'ašer 'ašah li kol šorki* (Bendito Tú, Señor Dios nuestro, Rey del Universo, que has provisto a cada necesidad mía). Muchas gracias.